

Julián Meza

Nueva York, capital del Siglo XX

París fue, escribió Walter Benjamin, la capital del siglo XIX. Pese a la centralidad industrial y financiera de Londres, el París nacido de la revolución política de 1789 y de los derechos del hombre y del ciudadano fue el eje de la vida decimonónica gracias a las artes y a su propia industria, ya que entonces las finanzas aún no se convertían en el gran peso del mundo. De acuerdo con el mismo Benjamin, París fue el falansterio fourierista de la industria y el centro de la vida mundana que circulaba por los grandes bulevares y por los pasajes de vidrio con sus arcadas de metal, en donde se exhibía el dios fetiche: la mercancía. París fue también la historia como escenario de la novela en donde se desarrolla la comedia humana de Balzac. Fue Daguerre y los panoramas que prefiguraban la fotografía de Cartier-Bresson y el cine de Lumière; fue las exposiciones universales, los dibujos de Grandville que transformaron el universo en mercado, la pluma de Victor Hugo y los miserables que no tuvieron acceso a ese mismo mercado. París fue sus interiores, lejos de la naturaleza, cuando la personalidad se volvió la casa y la oficina el centro de gravedad de la vida. Fue Baudelaire y sus calles, el barón de Haussman y las barricadas de la Comuna.

Nueva York es la capital del siglo XX. Vivir en Nueva York en este siglo equivale a haber vivido en París en el siglo XIX. Tom Wolfe es un escritor afortunado. Aunque no nació en Nueva York, conoce esta ciudad hasta en sus más apartados rincones. Ha frecuentado todos los medios, todos los barrios y ha conocido los más diversos tipos humanos.

Antes de convertirse a la novela, Tom Wolfe era periodista. En los años sesenta y setenta frecuentó a los radicales blancos, conoció a los *Black Panthers* y asistió a las galas y cocteles de la izquierda neoyorkina. En esa época escribió un memorable repor-



Tom Wolfe

taje: *La izquierda exquisita*: un cocktail chez Leonard Bernstein, en beneficio de los *Black Panthers*. Criticó la guerra de Vietnam y la discriminación racial. Hizo escarnio de la NASA, el Pentágono, el FBI y la CIA.

Esta experiencia periodística no es ajena a su primera novela: *La hoguera de las vanidades*,* cuyo estilo está marcado por aquella, pero al mismo tiempo logra hacerse dueño de otra escritura.

En esta novela se dan la mano el mito y la modernidad. Nueva York es el gran mito moderno, en donde se recrean de manera absolutamente novedosa viejos mitos arcaicos. Los mitos de la sangre, por ejemplo: el WASP y el rencor negro, el judío pobretón, el policía irlandés y el pequeño funcionario italiano. Nueva York es en esta novela una moderna Babel en donde constantemente se lleva a cabo el sacrificio de la víctima y del verdugo. Por lo general el negro es víctima del blanco; pero el negro no siempre es inocente, y aun puede ser peor que el blanco.

Junto con éstos, muchos otros mitos recorren la novela de principio a fin. Sin embargo, hay un mito moderno que engloba a todos: el del progreso individual, encarnado

en el éxito económico y en el prestigio social o, más específicamente, en el del *broker* triunfador de la Quinta Avenida que, por un descuido, se embarca en una auténtica pesadilla, cuyo desenlace es pospuesto de manera divertida por Tom Wolfe. Y es precisamente en el prolongado espacio narrativo que pospone el desenlace en donde se alojan risueños todos los mitos urbanos de la modernidad neoyorquina: el del WASP triunfador, el del perdedor negro que habita en el Bronx o en Harlem, el de la seguridad en un paisaje erizado de hostilidades, el de la fidelidad o la infidelidad conyugal, alojada en la mediocre o elegante rutina y expuesta al accidente, a los caprichos del azar.

Todos estos mitos se tejen en el entramado de la novela, que crece como espuma, se desborda y llega a los ámbitos más disímiles: bares de lujo y tugurios, restaurantes de moda y tabernuchas, delegaciones de policía y redacciones de importantes diarios, suites de la Quinta Avenida y habitaciones miserables, lujosas oficinas en *Wall Street* y siniestros antros del Bronx o de Harlem, en donde negros disfrazados de pastores comercian con almas, reos, tinterillos, policías mercenarios, jueces venales, periodistas, sicarios.

En el interior de esta novela nos bañamos en los mitos de la gran metrópoli y observamos de cerca las peores infamias en los bares postmodernos, recomendados por la publicidad en las más reputadas publicaciones; la sordidez de las cloacas; los escándalos que se producen en los restaurantes de moda impuestos por las guías gastronómicas; la fetidez de los juzgados; las rivalidades, las envidias y los celos en las recepciones que se ofrecen en los salones de la Quinta Avenida; la permanente inestabilidad de una vida familiar en apariencia armónica; los temores y las angustias de los amos del universo; la vida triste y miserable de los protagonistas: el *broker*, su esposa,

* Editorial Anagrama, Barcelona, 1988.

Reflexiones sobre el poder

Ricardo Sánchez Puentes

su amante, su hija, sus padres, sus amigos, sus compañeros de trabajo, sus rivales: madres resignadas y gritonas, negros dóciles y prepotentes, periodistas acomplejados y libertinos...

De esta manera descubrimos una especie de moderna comedia humana del siglo xx, en donde nadie está a salvo, en donde no existe el marginado amoroso a la manera de los personajes de Albert Cohen, en donde la frialdad se sustrae al humor, pese a que la novela está hecha de humor, de mucho humor.

La hoguera de las vanidades es una moderna mirada sobre la modernidad en este último cuarto del siglo xx. Pone al descubierto, con feroz ironía, cuáles son sus valores reales y la manera implacable como la rigen y la reconducen. También nos muestra qué valores ya no sobreviven o ya no pueden sobrevivir (el amor es un valor *démodé* cuando resulta incompatible con la extenuante carrera del triunfador y del arribista). Y por esto es posible que a propósito de *La hoguera de las vanidades* se pueda hablar de una comedia humana deshumanizada, en donde papá Goriot ya no halla acomodo. Ciertamente, no es que Tom Wolfe predique alguna forma de inhumanidad; sencillamente recrea una humanidad inhumana que genera y alimenta sus modernos valores en la acción y el pensamiento de personajes conscientes o inconscientes de ellos mismos, que viven en esos valores por necesidad o por deber. Y de aquí que Wolfe no haya abordado su temática desde otra perspectiva, en otro tono, con otro acento. A fin de cuentas, un novelista no puede, no debe moralizar, pues no le corresponde imponer sus juicios sobre el bien y el mal por encima de sus personajes y de las acciones de éstos. El juicio moral es propio del filósofo, no del novelista.

Inspirado o no en la llamada vida real, el autor inventa una realidad propia, fuera de la cual no existen ni los actores que la protagonizan ni su escenario, aun cuando éste se llame Nueva York. Enjuiciarlos moralmente equivale a enjuiciar una ficción, y esta tarea carece de sentido para el novelista. Los personajes, en cambio, pueden remitir a la vida real que los subtiende y a la cual sí es posible enjuiciar. Con todo, cuando se escribe o se lee una novela es preferible permanecer en el plano de la narración, en la que el novelista crea y da cuenta de hechos, pero no puede absolverlos o condenarlos. Esto es lo que hace Tom Wolfe en *La hoguera de las vanidades*, aunque en las últimas páginas vuelve a ser periodista. Y de aquí que antes de comenzar la novela convenga arrancar esas páginas. ◇

1. Leí con atención y cuidado el libro *Reflexiones sobre el poder* del Lic. Jorge Sánchez Azcona, que edita la UNAM en el cincuentenario del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Se trata, como se señala en el mismo Prólogo, de un "conjunto de artículos que tienen el denominador común de estar referidos al fenómeno social del poder" (p. 9). Y encuentro que *Reflexiones sobre el poder* es más que una serie de ensayos políticos. Recoge en realidad diversas facetas de una personalidad rica y sólida.

—La de un jurista que se interesa por uno de los binomios más sugerentes y fecundos en su campo científico, a saber la relación Derecho-poder.

—La de un sociólogo del Derecho que le permite dar un giro concreto a la reflexión sobre el poder.

—La de un experto y estudioso del Derecho que se siente atraído y se inspira en la solidez y profundidad del pensamiento de Max Weber, así como en la interpretación, testimonio y defensa de los derechos humanos de E. Fromm.

—La del profesor universitario que no sólo se refleja en la claridad de conceptos, sino también en la lógica de su explicación, en la fluidez de la redacción, en el testimonio y valoración de un trabajo serio frente a sus alumnos.

—La de un ciudadano responsable, comprometido que participa en el debate actual del México contemporáneo, dentro del ámbito del proyecto nacional de desarrollo integral y su estrategia, a saber, la modernización.

2. *Reflexiones sobre el poder* tiene como objeto de estudio el poder. No se trata, sin embargo, de consideraciones teóricas, ni abstractas sobre el concepto de poder. Tampoco de una historia de las ideas políticas, en la que se reseñan las diversas concepciones que, a través del tiempo, le han dado autores desde *El príncipe* de Maquiavelo (o incluso antes, cuando la política era parte de la filosofía).

Reflexiones sobre el poder se inscribe, ciertamente, en las corrientes contemporáneas que definen al poder como "ejercicio de la decisión política", como "negociación",

como "concertación en pos de un Proyecto Nacional" que se expresa en múltiples y diferenciados Programas de Desarrollo, como "capacidad de resolver problemas". Esto, sin embargo, no constituye el interés central del libro.

Más bien lo que enfatiza esta serie de ensayos es la caracterización sociológica del poder político. Especialmente en los primeros artículos, es un intento por develar el perfil oculto, lo que no aparece, lo que está detrás del poder. Es un esfuerzo permanente por desenmascarar al poder: se propone desmontar el fenómeno social del poder, lo des-estructura.

Detrás del poder está la economía, más precisamente la ideología consumista que valora al hombre por lo que tiene, no por lo que es.

Detrás del poder está la burocracia para la que el hombre es un número que ocupa un espacio homogéneo de las estadísticas en sus tendencias y en los escenarios de estudios prospectivos.

Detrás del poder está la seducción y el impacto, por lo general irresistible, de los medios masivos de comunicación que, en lugar de informar, formar y divertir, parece que fueron ideados para enajenar y alienar.

En fin, detrás del poder se agolpan un montón de valores necrófilos que masifican al individuo, que lo reducen a una máquina de consumo, que lo estandarizan y finalmente lo van destruyendo progresiva y gradualmente.

Es importante señalar que el quehacer de *Reflexiones sobre el poder* no se termina en esa obra de des-estructuración, sino que anuncia y anticipa caminos y rumbos para la re-estructuración. No se reduce a una llamada de atención, sino que pasa a la interpretación y convoca a la urgencia de un cambio de valores y de actitudes. Se siente una profunda dimensión ética.

3. Voy ahora a centrarme un poco más en uno de los artículos, precisamente en el que le da título al libro. Lo haré en dos movimientos: primero, una breve descripción, pues encuentro aportaciones de interés. Segundo, pondré algunas preguntas que no llegan ciertamente a cuestionamientos, pero